

Akio Hanafuji: hechicero del lienzo en Chiapas

MARISA TREJO SIRVENT

Akio Hanafuji lo sabe, ya tenía esa certeza desde que comenzó a pintar en su lejana Osaka: *“el arte es aventura, exploración y, a veces, descubrimiento”*. Buscaba algo, sí, probablemente mágico, ese instante dichoso que hace cambiar el rumbo de las olas para llevarnos hasta remotas tierras que algún día soñamos encontramos, para permanecer en ellas, con la certidumbre del que ya se vio caminando como uno más de sus habitantes.

En una visión notablemente onírica, pero de gran autenticidad, en imágenes en parte, difuminadas, pero en otras, intencionalmente exactas, crea, bajo su mirada de artista, rostros y personajes llenos de dignidad, en espacios que se reconocen como parajes serenos y nublados de los Altos de Chiapas.

Akio sabe observar los rituales y tradiciones de las culturas de origen maya de Chiapas: no voltea hacia el pasado, sino al presente, al instante de exploración, de fascinante descubrimiento; no imita el arte de ese mundo perdido entre musgos, frescos y estelas de las ruinas, en medio de la selva; no proyecta extrañeza, sino hechizo, magia, tradiciones inmemoriales, en lienzos que combinan tonalidades grisáceas pero también exquisitos arcoiris, música de violines sin tiempo; Akio es ya uno de ellos, no refleja lo pintoresco, común en la pintura hecha por extranjeros. Ha sabido captar en los años que le han permitido amar la tierra chiapaneca, no la imagen detenida en el tiempo, sino la imagen envuelta en bruma, las nubes que se mueven, los pasos pausados de las mujeres y los hombres de las culturas que enaltecen a Chiapas, y más que un colorido policromado, definido en líneas que reflejan los significados de sus textiles, sabe proyectar sus miradas, formando parte de un ritual o de una delicada labor cotidiana que se ubica no en un tiempo lineal, sino circular. Enfrenta así también no sólo un descubrimiento, sino un desciframiento del

transcurrir incesante del tiempo, en movimientos. No busca la sublimación de los personajes, pero tampoco la estilización de sus figuras ni el encasillamiento.

Su pintura tiene algo del lejano oriente, algún rasgo que nos remonta a los dibujos antiguos de su cultura original, pero a la vez, de otros movimientos plásticos que él admira y estudia. Ha sido hecha con la misma emoción, el mismo sentimiento que imprimen las culturas mayences en sus ritos, la recreación de la cosmogonía y los sueños en unas tejedoras, los suaves movimientos del danzante y la mirada del anciano entre la neblina de sus paisajes y el humo que sale de sus tejados fríos. Akio Hanafuji no desea reconstruir el pasado, sino marcar una inscripción nueva para que alguna vez, en el futuro, pueda ser recordado como el autor de estos lienzos, que cual frescos mayas, puedan leerse, descodificarse y recuperarse, inscripciones sobre este tiempo eterno en la riqueza artística y cultural y orgullosa identidad de estas culturas, sobrevivientes de la feroz historia de la ignominia de la colonia, de la injusticia de los siglos siguientes, a través de los años de lucha y esperanza, de corazón abierto al arte, la dignidad, las tradiciones y la belleza. ■



Akio Hanafuji